



BIBLIOTECA
EL ABATE JERÓNIMO COIGNARD

A Octavio Mirbeau.

No necesito detallar aquí la vida del señor abate Jerónimo Coignard, profesor de elocuencia en el colegio de Beauvais, bibliotecario de monseñor de Séz, *Sagiensis episcopi bibliothecarius solertissimus*, como dice su epitafio, luego memorialista en el cementerio de San Inocente, y por último, conservador de aquella célebre Astaraciana, la reina de las bibliotecas, cuya pérdida nunca será bastante lamentada. Murió asesinado en la carretera de Lyon por un judío cabalista llamado Mosaide (*Judæa manu nefandissima*), dejando muchas obras interrumpidas y el recuerdo de bellas conversaciones familiares. Todos los incidentes de su extraña existencia y de su trágico fin, han sido relatados por su discípulo Jacobo Menetrier, apodado *Dalevuella* porque era

Es propiedad.
Quedan cumplidas las formalidades que la Ley exige.

RQ 2254

Ob

56

hijo de un figonero de la calle de San Jacobo. El tal Dalevuelta profesaba por aquel á quien tenía costumbre de llamar su buen maestro una fervorosa y viva admiración. «Es—decía—el más deslumbrante ingenio que ha florecido sobre la tierra.» Redactó con modestia y exactitud las memorias del señor abate Coignard, que revive en esta obra como Sócrates en las *Memorables* de Xenofonte.

Atento, exacto y cariñoso, hizo un retrato lleno de vida é impregnado de una amorosa fidelidad. Es una obra que hace pensar en aquellos retratos de Erasmo, pintados por Holbein, que pueden verse en el Louvre, en el Museo de Bâle y en Hampton Court, y cuya finura no nos cansamos de saborear. En una palabra, nos dejó una obra maestra.

Alguien se sorprenderá, sin duda, de que no se tomara el cuidado de imprimirla. Sin embargo, podía editarla él mismo, pues fué librero en la *Imagen de Santa Catalina* de la calle de San Jacobo, donde sucedió al señor Blaizot. Tal vez, viendo entre los libros, temiese añadir solamente unas cuantas hojas al montón informe de papel

ennegrecido que se pudre obscuramente en las librerías. Nosotros compartimos sus temores al pasar por los muelles ante los puestos de «á diez céntimos el tomo» donde el sol y la lluvia devoran lentamente páginas escritas para la inmortalidad.

Como las conmovedoras calaveras que Bossuet enviaba al abad de la Trapa para el entretenimiento de un solitario, son esos libros asunto de reflexiones oportunas para convencer á un escritor de lo vano que resulta su oficio. Me atrevo á decir que, por mi parte, entre el Puente Real y el Puente Nuevo, he comprendido esa vanidad en toda su plenitud. Tentado estoy de creer que el discípulo del señor abate Coignard no hizo imprimir su obra porque, formado por tan buen maestro, juzgaba sanamente de la gloria literaria, estimándola en su justo valor, es decir, en nada, seguro de que siempre fué incierta, caprichosa, sujeta á toda clase de vicisitudes y dependiendo de circunstancias en sí mismas mezquinas y miserables.

Viendo á sus contemporáneos ignorantes, injuriosos y vulgares, no encontraba razón ninguna para esperar que la posteridad se volviese de pronto sabia, justiciera y firme. Únicamente ase-

guraba que el porvenir, extraño á nuestras disputas, nos concedería su indiferencia á falta de justicia. Nosotros estamos casi seguros de que, á grandes y pequeños, nos reunirá en el olvido, extendiendo sobre todos la apacible igualdad del silencio. Pero si esta esperanza nos engañara por casualidad, si la raza futura guardase alguna memoria de nuestro nombre ó de nuestros escritos, podemos prever que sólo saborearía nuestros afanes en el trabajo ingenioso de falsas interpretaciones y contrasentidos, único perpetuador de las producciones del genio á través de las edades. La larga duración de las obras maestras asegúrase á costa de aventuras intelectuales siempre lastimosas, en las cuales las patochadas de los pedantes se dan la mano con las sutilezas ingenuas de las almas artistas. No experimento temor ninguno al decir que en la actualidad no damos á un solo verso de la *Iliada* ó de la *Divina Comedia* el sentido que se le atribuyó primitivamente. Vivir es transformarse, y la vida póstuma de nuestros pensamientos escritos no puede sustraerse á esta ley: no continuarán existiendo sino á condición de ser cada vez más distintos de como eran

cuando salieron de nuestras almas. Lo que de nosotros se admirará en el porvenir nos será completamente ajeno.

Es probable que Jacobo Dalevuelta, cuya sencillez nos es bien conocida, hiciese todas estas reflexiones con motivo del libro escrito por su mano. Pensar que tenía de sí mismo una opinión exagerada, sería injuriarle.

Yo creo conocerle. He meditado su obra. Todo lo que dice y todo lo que calla traiciona la modestia exquisita de su espíritu. Aunque no ignoraba que tenía talento, sabía también que ese es el pecado que menos se perdona. Se tolera con facilidad á los personajes notorios la bajeza de alma y la perfidia de corazón. Se soporta con gusto que sean cobardes ó perversos, y ni siquiera su fortuna les proporciona muchos envidiosos si se sabe que es inmerecida.

Las medianías son ensalzadas por las medianías que las rodean, honrándose con su encumbramiento. La gloria de un hombre vulgar no ofende á nadie: es más bien una secreta adulación al vulgo. Pero hay en el talento una insolencia, que se paga sufriendo sordos rencores y calumnias insidiosas.

Si Jacobo Dalevuelta renunció conscientemente al dificultoso honor de irritar por medio de un brillante escrito á la muchedumbre de imbéciles y de malvados, no se puede menos de admirar su buen criterio y considerarle como digno discípulo de un maestro que conocía á los hombres. Sea como quiera, ello es que el manuscrito de Jacobo Dalevuelta quedó inédito, y estuvo perdido más de un siglo. Yo he tenido la dicha extraordinaria de encontrarlo en la tienda de un chamarilero del boulevard Montparnasse que expone detrás de los sucios cristales de su chamizo cruces del Lis, medallas de Santa Elena y condecoraciones de Julio, sin sospechar que por ese procedimiento proporciona á las generaciones una lección de melancolía tranquilizadora. Ese manuscrito fué publicado bajo mi dirección en 1893, con el título de *El figón de la Reina Patoja* (1 tomo en 8.º mayor).

Se lo recomiendo al lector, que encontrará en él más novedades de las que suelen hallarse en un libro viejo. Pero ahora no se trata de semejante obra.

Jacobo Dalevuelta no se contentó con dar á

conocer las acciones y las máximas de su maestro en una bien hilada relación. Además, cuidó mucho de recoger varios discursos y conversaciones íntimas del señor abate Coignard, que no tuvieron cabida en las Memorias (tal es el verdadero nombre que se debiera dar á *El figón de la Reina Patoja*) y formó con ellos un cuaderno que, junto con los demás manuscritos del mismo autor, ha llegado á mis manos.

Ese cuaderno es el que yo hago imprimir hoy titulándolo *Opiniones de Jerónimo Coignard*. La amable acogida dispensada por el público á la obra anterior de Jacobo Dalevuelta me anima á publicar inmediatamente estos diálogos en los que el antiguo bibliotecario del señor de Sééz aparece de nuevo con su indulgente sabiduría y una especie de escepticismo generoso, formulando acerca del hombre sus juicios, que parecen á un tiempo benévolos y despreciativos. Yo no quiero asumir la responsabilidad de las ideas expuestas por aquel filósofo sobre diversos puntos de política y de moral. Mis deberes de editor me obligan únicamente á presentar el pensamiento de mi autor bajo el aspecto más favorable. Su

libre inteligencia pisoteaba altamente las creencias vulgares y no se sometía jamás, sin un detenido examen previo, á la opinión pública, exceptuando los asuntos relacionados con la fe católica en la cual fué inquebrantable. En todo lo demás no temió contradecir á su siglo. Y esto sólo bastaría para hacerle digno de la mayor estimación. Debemos un profundo agradecimiento á las inteligencias que han combatido los prejuicios. Pero es más fácil alabarlas que imitarlas. Los prejuicios desaparecen y se reforman sin cesar con la movilidad eterna de las nubes. En su naturaleza está el ser augustos antes que parecer odiosos, y son escasos los hombres que no admitan la superstición de su tiempo y que miren cara á cara lo que el vulgo no se atreve á ver. El señor abate Coignard fué un hombre independiente, á pesar de su posición humilde, y esto es bastante, á mi juicio, para que se le coloque muy por encima de un Bossuet y de todos esos grandes personajes que brillan á su altura en la pompa tradicional de las costumbres y de las creencias.

Pero si es preciso convenir en que el señor

abate Coignard vivió independiente, libre de los errores comunes, que los espectros de nuestras pasiones y nuestros temores no tuvieron el menor dominio sobre él: debe reconocerse también que aquel ingenio excelente tuvo opiniones originales acerca de la Naturaleza y de la sociedad, y que, para conmover y encantar á los hombres con su amplia y bella construcción mental, le faltó solo acierto y voluntad, indispensables para ingerir profusamente los sofismas como argamasa en los resquicios de las verdades. Así se construyen los grandes sistemas filosóficos, enderezados por la argamasa de la sofística. Le faltó el espíritu del sistema, ó, si se quiere, el arte de las ordenaciones simétricas. No aparentaba ser lo que realmente era, es decir, el más sabio de los moralistas; una especie de mezcla maravillosa de Epicuro y de San Francisco de Asís.

Estos son, á mi entender, los dos mejores amigos que la Humanidad doliente ha encontrado en su desorientada marcha. Epicuro libraba las almas de vanos temores, enseñándolas á imponer la idea de la felicidad en su miserable naturaleza y en sus débiles fuerzas. El buen San Francisco,

más tierno y más sensual, las condujo á la dicha por el ensueño interior, y quiso que á ejemplo suyo se expansionasen las almas con alegría en los abismos de una encantadora soledad. Ambos fueron provechosos; el uno por destruir ilusiones engañosas, el otro por crear ilusiones de las que no despertaremos nunca.

Pero no exageremos. El señor abate Jerónimo Coignard no igualó seguramente ni por la acción ni aun por el pensamiento al más audaz de los sabios y al más ardiente de los santos. No supo lanzarse en las verdades que descubría como en un abismo. Guardó, en sus más atrevidas exploraciones, la actitud de un pacífico transeunte. No se exceptuaba del desprecio universal que le inspiraron los hombres. Faltóle la magnífica ilusión que sostuvo á Bacón y á Descartes, los cuales tenían fe en sí mismos después de no creer en nadie. Dudó de las verdades que llevaba consigo y sembró sin solemnidad los tesoros de su inteligencia. No tuvo la confianza común á todos los grandes genios creyéndose un espíritu superior. Es un defecto imperdonable, porque la gloria sólo se ofrece á los que la solicitan. En el

señor abate Jerónimo Coignard constituía este rasgo de carácter una debilidad y una inconsecuencia. Puesto que llegaba á los últimos límites en audacia filosófica, no debió tener escrúpulos en proclamarse el primero de los hombres. Pero su corazón era siempre sencillo y su alma cándida, y aquella insuficiencia de un espíritu que no supo remontarse, le ocasionó un perjuicio irreparable. ¿Le admiraré menos por este motivo?

No temo afirmar que, filósofo y cristiano, del señor abate Coignard, unía en una mezcla incomparable el epicurismo que nos preserva del dolor y la santa sencillez que nos conduce á la alegría.

Es de notar que no solamente aceptó la idea de Dios, tal como se la ofrecía la fe católica, sino que intentó apoyarla en argumentos de orden racional. No imitó jamás esa habilidad práctica de los deístas de profesión que confeccionan para su uso un Dios moral, filántropo y púdico, con el cual saborean la satisfacción de una perfecta armonía. Las estrechas relaciones que establecen con su Dios dan á sus escritos mucha autoridad y á su persona gran consideración entre el pú-

blico. Y ese Dios gubernamental, moderado, grave, mundano y exento de todo fanatismo, les recomienda en las asambleas, en los salones y en las academias. El señor abate Coignard no se representaba nunca un Eterno tan aprovechable. Pero, considerando que es imposible concebir el Universo de otra manera que bajo las categorías de la inteligencia, y que es necesario suponer el Cosmos inteligible, aun á pique de demostrar su absurdo: él relacionaba la causa con una inteligencia que denominaba Dios, conservando á esa expresión su vaguedad infinita, y ateniéndose por lo demás á la teología que, como es sabido, trata con minuciosa exactitud de lo incognoscible.

Esta reserva, que señalaba los límites de su comprensión, fué dichosa si, como creo, le evitó la tentación de paladear algún apetitoso sistema de filosofía, librándole de caer de hocicos en una de esas ratoneras donde los criterios muy libres se dejan coger fácilmente. En la vieja y grande ratonera encontró él más de una salida para descubrir el mundo y observar la naturaleza. Yo no participo de sus creencias religiosas y estimo que e engañaron como han engañado, por su dicha ó

su desgracia, á los hombres durante tantos siglos. Pero parece que los viejos errores eran menos peligrosos que los nuevos, y, puesto que debemos engañarnos, lo mejor es atenerse á las ilusiones corrientes.

Es cierto sin duda, que el señor abate Coignard al admitir los principios cristianos y católicos, no se privó de sacar de ellos conclusiones muy originales. Sobre las raíces de la ortodoxia, su alma fecunda floreció singularmente en epicurismo y en humildad. Ya lo he dicho: se esforzó siempre por desvanecer esos fantasmas de la noche, esos vanos terrores, ó, como él los llamaba, esas diabluras góticas, que hacen de la vida piadosa de un sencillo burgués una especie de *sábado* mezquino y rutinario. Algunos teólogos le han acusado en nuestros días de concebir excesivas é inverosímiles esperanzas. Encuentro este reproche en los escritos de un eminente filósofo (1). Yo no sé si en realidad el señor Coignard

(1) El señor Lacorte ha publicado lo siguiente en la *Gaceta de Francia* del 20 de Mayo de 1893:

«El señor abate Jerónimo Coignard es un sacerdote lleno de ciencia, de humildad y de fe. No digo que su

confiaba demasiado en la bondad divina. Pero lo cierto es que concebía la Gracia en un sentido amplio y natural, y que el mundo, á sus ojos, se parecía menos á los desiertos de la Tebaida que á los jardines de Epicuro. Paseaba por ellos con esa audaz ingenuidad que es el rasgo esencial de su carácter y el principio de su doctrina.

conducta haya honrado siempre á su alzacuello y que su sotana no haya tenido jamás un desgarrón... Pero si bien sucumbe á las tentaciones, y el diablo tiene en él una presa fácil, jamás pierde la confianza, esperando que por la gracia de Dios no volverá á caer y alcanzará las glorias del Paraíso. En efecto, nos da el espectáculo de una muerte muy edificante. Un grano de fe embellece la vida, y la humildad cristiana corresponde á las debilidades de la humanidad.

»El señor abate Coignard, si no es un santo, merece á lo sumo el purgatorio. Pero lo merece largo, y se expuso á ir al infierno. Porque á sus actos de sincera humildad no se mezclaba casi nada de arrepentimiento. Contaba demasiado con la gracia de Dios y no hacía ningún sacrificio para favorecer la acción de la Gracia, por lo cual recaía en el pecado. De este modo la fe le servía de poco, y era casi herético, porque el santo Concilio de Trento en los cánones VI y IX de su sesión sexta instituyó el anatema contra todos aquellos que pretendan «que no es potestativo en el hombre reformar sus inclinaciones» y contra los que tienen tal confianza en su fe que imaginan que ella puede salvarlos «sin ningún esfuerzo de la voluntad». Por esta razón la misericordia divina, amparando al abate Coignard, se ofrece realmente milagrosa y fuera de las sendas acostumbradas.»

Jamás espíritu alguno mostróse á la vez tan intrépido y pacífico, ni templó sus desdenes con más dulzura. Su moral unió la libertad de los filósofos cínicos al candor de los primeros monjes de la santa Porciúncula. Despreció á los hombres con ternura. Trató de enseñarles que teniendo una considerable capacidad para el dolor solamente, no pueden proporcionarse nada útil ni bueno aparte de la piedad, y que siendo sólo hábiles para desear y para sufrir, deben procurarse virtudes indulgentes y voluptuosas. Llegó á considerar el orgullo como la fuente de los mayores males y como el único vicio contra naturaleza.

Realmente parece que los hombres se hacen desgraciados por la opinión exagerada que tienen de sí mismos y de sus semejantes, y que si se forjasen una idea más humilde y más verdadera de la naturaleza humana, serían más afables para el prójimo y hasta para sí mismos. Era, pues, su benevolencia lo que le lanzaba á humillar á sus semejantes en sus sentimientos, su saber, su filosofía y sus instituciones. Puso gran empeño en mostrarles que su imbécil naturaleza nada ha imaginado ni construido que valga la pena de ser

atacado ni defendido con afán, y que si conociesen la frágil tosquedad de sus mayores obras, tales como las leyes y los imperios, sólo se batirían por ellas jugueteando y por capricho, como los niños alzan castillos de arena á la orilla del mar.

Por esto nadie debe asombrarse ni escandalizarse de que él despreciara todas esas ideas por las cuales el hombre erige sus glorias y sus honores á expensas de su tranquilidad. La majestad de las leyes no imponía el menor respeto á su alma clarividente, y deploraba que muchos desgraciados estuvieran sometidos á tantas obligaciones cuyo origen y sentido casi nunca saben descubrir. Todos los principios le parecían igualmente discutibles. Había llegado á creer que los ciudadanos sólo condenaban á la infamia á gran número de sus semejantes para disfrutar por contraste las delicias de la estimación. Esta opinión le hacía preferir las malas compañías á las buenas, á ejemplo de Aquel que vivió entre los publicanos y las prostitutas conservando la pureza del corazón, el don de la simpatía y los tesoros de la misericordia. No hablaré aquí de sus acciones que se hallan referidas en *El figón de*

la Reina Patoja. Ignoro si, como se ha dicho de la señora de Mouchy, valía él más que su vida. Nuestras acciones no son enteramente nuestras, dependen menos de nosotros que de la fortuna, pues las recibimos de todas las manos. No siempre las merecemos. Nuestro insaciable pensamiento es todo lo que nos pertenece. De ahí la vanidad de los juicios del mundo. No obstante, yo hago constar gustoso, que todas las personas de talento, sin excepción, juzgan al señor abate Coignard agradable y bondadoso. También sería necesario ser fariseo para no ver en él una predilecta criatura de Dios. Esto dicho, me apresuro á volver á sus doctrinas, que es lo único importante aquí.

Lo que en menor grado poseía era el sentido de la veneración. La Naturaleza se lo había negado, y él no hizo nada por adquirirlo. Temía, exaltando á unos humillar á otros, y su caridad universal extendíase igualmente sobre los humildes y sobre los soberbios. Se inclinaba hacia las víctimas con más solicitud, pero los mismos verdugos le parecían demasiado miserables para merecer algún odio. No les deseaba ningún mal y

solamente los compadecía porque eran perversos.

No creía que las represalias, espontáneas ó legales, hiciesen otra cosa que añadir mal al mal. No se complacía ni en la acre intención de las venganzas privadas, ni en la majestuosa crueldad de las leyes; y si es cierto que sonreía viendo zurrar á los alguaciles, su sonrisa era sólo un impulso de la carne y de la sangre, y una prueba de su natural sencillez.

Esto quiere decir que se había formado del mal una idea sencilla y sensible, relacionándola únicamente con los órganos del hombre y con sus sentimientos naturales, sin complicarla con todos los prejuicios que adquieren en los códigos una consistencia artificial. Ya he dicho que no había formulado ningún sistema, siendo poco inclinado á resolver las dificultades valiéndose para ello de sofismas. Es indudable que una primera dificultad le paró en seco en sus meditaciones acerca de los medios de establecer la dicha, ó solamente la paz, sobre la tierra. Estaba persuadido de que el hombre es por naturaleza un animal dañino, y que las sociedades sólo son abominables porque el hombre se consagra á formar-

las. No esperaba por consiguiente, nada favorable de un retroceso hacia la Naturaleza. Dudo que variara de opinión aun cuando hubiese vivido lo bastante para leer el *Emilio*. Cuando el abate murió, Juan Jacobo aún no había agitado al mundo con la elocuencia de la sensibilidad más verdadera unida á la más falsa lógica. Por entonces era sólo un muchachuelo vagabundo que, desgraciadamente para él, encontraba abates muy distintos del señor Jerónimo Coignard en los bancos de los solitarios paseos de Lyon. Es lamentable que el señor Coignard, que conoció toda clase de personas, no encontrase al joven amigo de la señora de Warens. Pero tal encuentro sólo diera entonces ocasión á una escena divertida, á un cuadro romántico. Juan Jacobo hubiera saboreado malamente la desengañada sabiduría de nuestro filósofo. Nada más opuesto á la filosofía de Rousseau que la del señor abate Coignard. Esta última está impregnada de benévola ironía, es indulgente y fácil. Fundada en la fragilidad humana, tiene un cimiento sólido. La otra carece de la duda feliz y la sonrisa ligera. Como se apoya en la base imaginaria de la bondad original de nuestros seme-

jantes, encuéntrase en una postura molesta, de cuyo aspecto ridículo no puede darse cuenta. Es la doctrina de los hombres que jamás han sonreído. Su engorro se trasluce en su mal humor. Es una filosofía desapacible, lo cual no significaría nada; pero supone al hombre descendiente del mono y luego se lamenta observando que no es virtuoso el mono; y en esto se muestra absurda y cruel, como apareció claramente cuando los hombres de Estado quisieron aplicar el *Contrato social* á la mejor de las Repúblicas.

Robespierre veneraba la memoria de Rousseau y hubiera juzgado al señor abate Coignard hombre peligroso. Yo no lo haría notar si Robespierre hubiera sido un monstruo. Pero, para el sabio no hay verdaderos monstruos. Robespierre era un optimista que creía en la virtud.

Los hombres de Estado de su temperamento hacen todo el daño posible. Si se trata de conducir á los hombres, es preciso no perder de vista que son monos perversos. Solamente con este criterio se puede ser un político humano y bondadoso. La locura de la Revolución consistió en querer instituir la virtud sobre la tierra. Cuando se

quiere que los hombres sean buenos y sabios, libres, moderados y generosos, se llega fatalmente á querer matarlos á todos. Robespierre creía en la virtud, y le debemos el Terror. Marat creía en la justicia, y pidió doscientas mil cabezas. El señor abate Coignard es tal vez, de todos los espíritus del siglo XVIII, aquel cuyos principios son más opuestos á los de la Revolución. Él no hubiera firmado una sola línea de la Declaración de los Derechos del Hombre, á causa de la excesiva é inicua separación que allí se establece entre el hombre y el gorila.

Recibí durante la semana última la visita de un compañero anarquista que me honra con su amistad y á quien yo estimo porque no habiendo tomado aún parte en el gobierno de su país conserva mucha inocencia. Se propone destruirlo todo sólo porque juzga á los hombres naturalmente buenos y virtuosos. Imagina que despojados de sus bienes, libres de leyes, abandonarían su egoísmo y su perversidad. Ha llegado á la ferocidad más salvaje por el optimismo más tierno. Toda su desdicha y todo su crimen consiste en haber conservado en el oficio de cocinero un alma

celestial digna de la edad de oro. Es un Juan Jacobo muy sencillo y muy honrado que no se dejó nunca turbar por la presencia de una señora de Houdetot, ni atemperar por la pulida generosidad de un mariscal de Luxemburgo. Su puritanismo le abandona á su lógica y le hace terrible. Razona mejor que un ministro, pero parte de un principio absurdo. No cree en el pecado original, y sin embargo, éste es un dogma de una verdad tan sólida y estable, que sobre él se ha podido edificar cuanto se ha querido.

¡Si hubiera estado con nosotros, el señor abate Coignard, para demostrarle la falsedad de su doctrina! Sin duda no hablara al generoso utopista de los beneficios de la civilización y de los intereses del Estado, sabiendo que los infelices no merecen que se les haga objeto de tales bromas. No ignoraba el señor abate que el orden público sólo es la violencia organizada y que cada cual juzga con arreglo á sus propias conveniencias; pero hubiera descrito un cuadro verdadero y terrible de esa clase de naturaleza que el anarquista intenta restablecer; le hubiera señalado, en el idilio de su ensueño, una infinidad de tragedias

domésticas y sanguinarias, y en su bienhechora anarquía el origen de una tiranía espantosa.

Esto me conduce á precisar la actitud que el señor abate Coignard tomaba en *El Joven Baco* frente á los gobiernos y los pueblos. No respetaba ni los cimientos de la sociedad ni el arca del imperio. Consideraba dudosa y objeto de controversias la misma santa Ampolla, que era en su tiempo el principio del Estado, como lo es al presente el sufragio universal. Aquella libertad que entonces hubiera escandalizado á todos los franceses, ya no nos choca. Pero sería comprender mal á nuestro filósofo disculpar la ligereza de sus críticas acerca de los abusos del antiguo régimen. El señor abate Coignard no establecía grandes diferencias entre los gobiernos que se llaman absolutos y los que se llaman liberales, y podemos suponer que si hubiera vivido en nuestros días, conservara una gran dosis de aquel generoso descontento que inundaba su corazón.

Como ahondaba en los principios, hubiera descubierto, sin duda, la vanidad de los nuestros. Juzgo por una de sus opiniones que nos ha sido conservada. «En una democracia—decía el señor

Coignard—el pueblo está sometido á su voluntad, lo cual es muy dura esclavitud. Realmente, el pueblo es tan extraño y contrario á su propia voluntad, como pudiera serlo á la del príncipe. Porque de la voluntad común, sólo se encuentra poco ó nada en cada persona, y, sin embargo, cada persona sufre por entero su violencia. Y el sufragio universal no es más que un engañabobos, como la paloma que lleva los Santos Oleos en el pico. El gobierno popular, lo mismo que la monarquía, descansa sobre ficciones y vive de expedientes. Tan sólo importa que las ficciones sean aceptadas y afortunados los expedientes.»

Esta máxima basta para hacernos creer que hubiera conservado en nuestros días aquella sincera y arrogante libertad que embelleció su alma en tiempo de los reyes. Sin embargo, no hubiera sido revolucionario. Tenía muy pocas ilusiones para ello, y creía que los gobiernos deben ser destruidos por las fuerzas ciegas y sordas, lentas é irresistibles que todo lo arrastran.

Creía que un pueblo sólo puede ser gobernado de una manera única en cada época, por la sencilla razón de que siendo cuerpos las naciones, su

funcionamiento depende de la estructura de los miembros y del estado de los órganos; es decir, de la tierra y del pueblo, y no de los gobiernos, que se ajustan á la nación como las ropas al cuerpo de un hombre.

«La desgracia—añadía—es que hay pueblos semejantes á los Arlequines y payasos de feria. Su traje es de ordinario ó demasiado ancho ó demasiado estrecho, incómodo, ridículo, roto, cubierto de manchas y plagado de piojos. Puede esto remediarse sacudiéndolo con prudencia, dando aquí y allá una puntada, y usando de las tijeras muy delicadamente, para no tener que comprar otro de la misma calaña, pero sin obstinarse en conservar el antiguo cuando que el cuerpo cambió de forma con la edad.»

De aquí se deduce que el señor abate Coignard conciliaba el orden y el progreso, y no era, en resumen, un mal ciudadano. No excitaba á nadie á la rebeldía y deseaba que las instituciones fuesen pulidas y limadas por un frotamiento continuo, más bien que rotas y quebrantadas á recios golpes. Hacía observar constantemente á sus discípulos que las leyes más ásperas se suavizan

maravillosamente por el uso, y que la clemencia del tiempo es más segura que la de los hombres. En cuanto á ver reconstruído de una vez el cuerpo informe de las leyes, ni lo esperaba ni lo deseaba, confiando poco en los beneficios de una legislación improvisada. A veces, Jacobo Dalevuelta le preguntaba si no temía que su crítica filosófica, ejercitándose sobre instituciones tan necesarias que él mismo las estimaba como tales, no diera por resultado inoportuno el quebrantamiento de lo que era preciso conservar.

—¿Por qué—le decía su fiel discípulo—, por qué, pues, ¡oh incomparable maestro!, pulverizar los fundamentos del derecho, de la justicia, de las leyes, y, en general, de todas las magistraturas civiles y militares, puesto que vos mismo reconocéis que son indispensables un derecho, una justicia, un ejército, policías y magistrados?

—Hijo mío—respondía el señor abate Coignard—, tengo muy observado que los males de los hombres nacen de sus prejuicios, como las arañas y los escorpiones se producen en la sombra de las bodegas y en la humedad de los huecos. Es conveniente barrer y sacudir con brío

todos esos rincones oscuros. Es bueno también golpear aquí y allá con la piqueta, en los muros de la bodega y del jardín. Eso asusta á la polilla y prepara las ruinas necesarias.

—Convengo en ello—respondía el suave Dalevuelta—, pero cuando hayáis destruído todos los principios ¡oh maestro! ¿qué subsistirá?

A lo cual el maestro respondía:

—Después de la destrucción de todos los falsos principios, subsistirá la sociedad, porque se funda en las necesidades cuyas leyes, más viejas que Saturno, seguirán rigiendo aun cuando Prometeo haya destronado á Júpiter.

Desde el tiempo en que el abate Coignard hablaba de esta manera, Prometeo ha destronado muchas veces á Júpiter, y las profecías del sabio se han cumplido tan al pie de la letra, que hoy se duda—de tal modo el nuevo orden se parece al viejo—, si el imperio no sigue perteneciendo al antiguo Júpiter. Y hasta muchos niegan el advenimiento del Titán. Ya no se ve, dicen, sobre su pecho la herida por donde el águila de la injusticia le arrancaba el corazón y que debía sangrar eternamente. No sabe nada de los dolores ni de

Las angustias del destierro. No es este el dios obrero que se nos había prometido y que esperábamos. Este es el orondo Júpiter del antiguo y ridículo Olimpo. ¿Cuándo aparecerá el robusto amigo de los hombres, el encendedor del fuego, el Titán clavado aún sobre su peñasco? Un ruido espantoso procedente de la montaña, anuncia que desprende de la roca inicua sus espaldas desgarradas y sentimos el calor de su aliento lejano.

Ajeno á los negocios, el señor Coignard se inclinaba á las especulaciones puras razonando minuciosamente ideas generales. Semejante predisposición de su espíritu, que podía perjudicarle entre sus contemporáneos, da á sus reflexiones, después de transcurrido siglo y medio, alguna estima y una indudable utilidad. Hoy pueden adiestrarnos en el conocimiento de nuestras propias costumbres haciéndonos discernir lo malo que haya en ellas.

Las injusticias, las simplezas y las crueldades no chocan cuando son comunes. Vemos las de nuestros progenitores y no vemos las nuestras. Ahora bien; como no hay una sola época en el

pasado donde el hombre no nos parezca estúpido, inicuo y feroz, sería milagroso que nuestro siglo se hallara, por especial privilegio, libre de toda estupidez, de toda malicia y de toda ferocidad. Las opiniones del señor abate Coignard nos ayudarían á hacer nuestro examen de conciencia si no fuésemos semejantes á esos ídolos cuyos ojos no ven y cuyas orejas no oyen.

Con un poco de buena fe y de desinterés, veríamos pronto que nuestros códigos son aún un nido de injusticias, que conservamos en nuestras costumbres la hereditaria dureza de la avaricia y del orgullo, que únicamente honramos la riqueza y que no estimamos el trabajo. Nuestro orden actual se nos aparecería, como en realidad es, un orden precario y miserable que la justicia de las cosas condena, ya que no la condene la de los hombres, y cuya ruina ha comenzado. Nuestros ricos se nos antojarían tan estúpidos como esos saltamontes que continúan comiendo una hoja de árbol, mientras un diminuto escarabajo, habiéndose introducido en su cuerpo, les devora las entrañas. No permitiríamos que nos mecieran las falsas é insípidas declamaciones de nuestros

hombres de Estado; nos apiadaríamos de nuestros economistas que disputan el precio de los muebles mientras arde la casa. Las opiniones del abate Coignard engendran en nosotros un desdén profético hacia los grandes principios de la Revolución y hacia los derechos de la democracia sobre los cuales hemos apoyado durante cien años, con todas las violencias y todas las usurpaciones, una serie incoherente de gobernantes insurrectos condenando sin ironía las insurrecciones. Si empezáramos á desdeñar un poco esas ineptitudes que parecieron augustas y eran á veces sanguinarias; si notásemos que los prejuicios modernos tienen como los antiguos efectos ridículos ú odiosos; si los juzgásemos á todos con un caritativo escepticismo (1), serían menos exaltadas

(1) Esto ha sido bien interpretado; Hugues Rebell reconoce la existencia de un escepticismo caritativo. A propósito, no ciertamente de las opiniones del señor Coignard, sino de algunos escritos salidos de la misma inspiración, ha formulado muchas observaciones de las que puedo valerme aquí:

«A continuación de esta lectura se hace indispensable una curiosa meditación que nos procuraría preciosas enseñanzas. Permitánseme, pues, algunas reflexiones:

»1.º La organización de una sociedad no depende de las voluntades particulares, sino de la voluntad de la na-

las contiendas en el más bello país del mundo, y el señor abate Coignard hubiera laborado activamente para el bien universal.

ANATOLIO FRANCE.

turaleza, ó con más sencillez, del conjunto de los seres más inteligentes que componen dicha sociedad, pues fatalmente eligen la manera más agradable de vivir.

»2.º Los hombres de una época, teniendo el mismo organismo y las mismas pasiones que los hombres de otra época, no pueden tener instituciones absolutamente distintas. Resulta de esto que una revolución política no es más que un movimiento circular del pueblo alrededor de sus antiguas costumbres, para volver al punto de partida; es, pues, una dolencia, una interrupción en el desarrollo de la humanidad. Resulta también de estas leyes que todas las sociedades viven y mueren de igual modo».

(Hugues Rebell, *l'Ermitage*, Abril 1893.)

El señor abate Coignard se contenta con decir que un pueblo en cada época sólo es susceptible de una forma de gobierno.